



“Jonás en el vientre de la ballena”: Ramón Muñiz Lavalle entre dos imperios. De la guerra en Manchuria a la contienda mundial en Asia-Pacífico

“Jonah in the Belly of the Whale”: Ramón Muñiz Lavalle Between Two Empires. From the Manchurian War to the Asia-Pacific Global Conflict

Axel Gasquet

Université Clermont Auvergne
Institut d’Histoire des Représentations
et des Idées dans les Modernités
Centre National de la Recherche Scientifique
axelgasquet@gmail.com



<https://orcid.org/0009-0003-9624-4930>

Francia

Desgraciadamente en los países de habla hispana el desconocimiento del Asia es casi total. Carentes de relaciones comerciales, la vida social no ha tenido lugar a crear vínculos entre panoramas tan distantes. La falta absoluta de intereses es la razón de la idea exótica que unos tienen sobre otros.
R. Muñiz Lavalle, *Japón ante el mundo* (1933).

Los escritores que quieran presentarnos magia oriental y asombro en sus páginas deben apresurarse a buscar sus sueños, porque la vida anda hoy en día en avión, y tal vez cuando lleguen a recoger paisajes se encuentren sus campos de poesía transformados en desiertos de batalla.

R. Muñiz Lavalle, *El Extremo Oriente en Revolución* (1935).

Resumen

El artículo analiza la trayectoria intelectual, política y vital del periodista y diplomático argentino Ramón Muñiz Lavalle (1911-1969) a partir de su experiencia en Asia Oriental entre 1931 y 1945, en el contexto del ascenso del imperialismo japonés y la guerra en Asia-Pacífico. Se reconstruye el itinerario de un testigo latinoamericano situado entre dos imperios —el japonés y el estadounidense— y se destaca el carácter excepcional de su mirada sudamericana sobre Asia. El trabajo se centra en los principales libros de Muñiz Lavalle: *Japón ante el mundo* (1933) y *El Extremo Oriente en revolución* (1935); subraya el esfuerzo por desoccidentalizar la interpretación de Asia y formular un discurso anticolonial y señala las contradicciones de esta postura. El autor muestra cómo Muñiz Lavalle reproduce, de forma paradójica, retóricas coloniales clásicas al justificar la intervención nipona en nombre del “orden” y el “progreso”.

Palabras clave: Ramón Muñiz Lavalle; imperialismo japonés; guerra Asia-Pacífico; orientalismo

Abstract

This article analyzes the intellectual, political, and personal trajectory of the Argentine journalist and diplomat Ramón Muñiz Lavalle (1911–1969) based on his experiences in East Asia between 1931 and 1945, within the context of the rise of Japanese imperialism and the Asia-Pacific War. It reconstructs the journey of a Latin American witness situated between two empires—the Japanese and the American—and highlights the exceptional

nature of his South American perspective on Asia. The work focuses on Muñiz Lavalle's major books: *Japan Before the World* (1933) and *The Far East in Revolution* (1935); it underscores his effort to de-Westernize the interpretation of Asia and formulate an anti-colonial discourse, while also pointing out the contradictions of this stance. The author demonstrates how Muñiz Lavalle paradoxically reproduces classic colonial rhetoric by justifying Japanese intervention in the name of "order" and "progress."

Keywords: Ramón Muñiz Lavalle; Japanese Imperialism; Asia-Pacific War; Orientalism

La escena bíblica de Jonás en el vientre de la ballena es una metáfora que sinteriza la dilatada experiencia del reportero y diplomático argentino Ramón Muñiz Lavalle (1911-1969) en diferentes países durante la guerra en Asia-Pacífico (1931-1945). Sus testimonios y reportajes constituyen la fuente inestimable de un latinoamericano en las turbulencias de la guerra en Asia del Este, desde la invasión de Manchuria realizada por el Japón en 1931. El joven reportero Muñiz Lavalle es enviado a Asia como corresponsal del periódico *La Nación* de Buenos Aires, un destacado diario iberoamericano con proyección internacional. En Asia residirá en dos ocasiones: entre 1931 y 1934 y entre 1939 y 1943. La primera como corresponsal de guerra, la segunda como diplomático de Argentina. Abandona Japón con su familia en medio de la guerra, en enero de 1943, atravesando un continente en llamas, tras haber pasado por vicisitudes históricas y personales dramáticas. La tragedia bíblica, social y política entre pueblos y naciones de Asia, se une a la tragedia familiar que le toca vivir en Hong-Kong, como diplomático de un país neutral durante el conflicto mundial.

Reunida en tres volúmenes, su obra constituye el testimonio único de un latinoamericano que, con gran lucidez, habiendo entrevistado a muchos de los grandes protagonistas del conflicto en la región, procura desentrañar la página más

sobrecededora de la contienda mundial en el teatro asiático. En sus escritos desfilan los diferentes vectores de la conflagración mundial en Asia-Pacífico: la disolución y la guerra civil en China desde los años 1920 en adelante; el ascenso irrefrenable del militarismo nipón en Asia y su expansión colonial en Asia-Pacífico; los conflictos de interés del Mikado con las potencias europeas en la región; el estallido bélico con Estados Unidos; la incómoda posición de un diplomático “neutral” en medio del conflicto; la tragedia familiar que acecha al diplomático vigilado por la policía secreta japonesa, que intenta asesinarlo en varias ocasiones y escapa por vía terrestre desde Corea hasta Estambul en medio de la guerra.

Como Jonás, Ramón Muñiz Lavalle residirá en el vientre de la ballena (la guerra asiática) en circunstancias históricas excepcionales; como en la escena bíblica, el diplomático sobrevivirá a eventos singulares terribles para dejar su testimonio público; como Jonás, que terminará por cumplir su designio divino en Nínive, Muñiz Lavalle, políglota que dominaba varias lenguas asiáticas, llegará a Washington para trabajar con el servicio de inteligencia militar de los Estados Unidos (*la Office of War Information*) y contribuir a la derrotar de Japón. Rompiendo con la neutralidad oficial de la Argentina en 1943, el exdiplomático Muñiz Lavalle será un indeseable en su propio país.

1. Asia, un desafío cultural para Sudamérica

El libro *Japón ante el mundo* (1933) constituye una **primera aproximación sudamericana** para comprender el Extremo Oriente desde una perspectiva diferente a la de las potencias coloniales. Para Lavalle, su viaje representa una revelación: descubre un universo cultural del que solo tenía referencias occidentales, por lo general imprecisas o cargadas de prejuicios. El libro revela el modo en que Lavalle intenta **despojarse de valores y prejuicios occidentales** para interpretar

la política asiática. Considera que su condición de argentino lo sitúa fuera de los intereses coloniales de las potencias europeas y norteamericanas, lo que, según él, le permitiría una mirada más libre e imparcial. **Es decir, recrear una mirada sudamericana en base a un discurso anticolonial.** Lavalle reconoce su ignorancia inicial, considerándola un punto de partida fértil: observar Asia sin prejuicios ni interpretaciones heredadas.

Lavalle insiste en que los sudamericanos, pese a estar culturalmente ligados a Occidente, tienen una experiencia colonial que los acerca a las naciones asiáticas. Asegura que los argentinos no comparten los prejuicios raciales europeos y que esto le permite adoptar una actitud receptiva hacia Japón y China. El reportero critica a la prensa y la diplomacia occidentales por haber “desfigurado” deliberadamente la realidad asiática, empleando categorías incomprensibles y prejuicios raciales para juzgar la situación en Asia. Lavalle aspira a “desoccidentalizarse” mentalmente para ofrecer una lectura distinta, fundada en observaciones directas.

No obstante, subyace a este primer libro la sombra de un problema mayor nunca explicitado: el autor proyecta sobre Japón su deseo de encontrar en Oriente una alternativa moral superior a Occidente. En su entusiasmo, termina idealizando al Japón imperial como si fuera una nación esencialmente ética, equilibrada y guiada por un “espíritu” de honorabilidad ajeno a las ambiciones coloniales de las potencias europeas.

Sin embargo, su postura tiene una limitación fundamental: **su defensa del Japón imperial.** A pesar de su conciencia antiimperialista, Lavalle justifica repetidamente la intervención militar japonesa en Manchuria, aun cuando este episodio fue condenado por la Sociedad de las Naciones. Argumenta erróneamente que los japoneses no actúan por intereses expansionistas, sino para restaurar el orden en un

territorio sumido en el caos. Su razonamiento, incurre en la misma lógica que él critica: si las potencias occidentales han ejercido el colonialismo, Lavalle considera legítimo que Japón haga lo mismo en su zona de influencia. Su argumento ignora el principio ético fundamental: **todas las formas de avasallamiento colonial deben ser condenadas**, independientemente de quién las ejerza.

2. La interpretación histórica de China, Manchuria y Japón

Japón ante el mundo dedica una buena parte del volumen a reconstruir la historia cultural y política china. Para Lavalle, el rasgo esencial del “carácter chino” es la pasividad, atributo que, lejos de ser un signo de debilidad, constituye el núcleo de su resistencia histórica (1933, p. 18). La cultura china habría absorbido sucesivamente a invasores tátaros, mongoles y manchúes, conservando siempre un “núcleo” cultural interno. Esta “flexibilidad” sería la clave de la supervivencia de la civilización china. Lavalle considera que China ha sabido perdurar no por la fuerza militar ni por la innovación política, sino por la capacidad de asimilación de sus dominadores, que terminan “convertidos en chinos” (1933, p. 11-23). La cultura china, según él, funciona como un organismo vivo que se expande, cede, retrocede y vuelve a tomar forma.

Esta interpretación romántica y esencialista también presenta limitaciones. Lavalle recurre a categorías demasiado rígidas: el chino “pasivo”, el japonés “moral”, el occidental “racionalista”. Estos esquemas —aunque pretendidamente antioccidentales— terminan reproduciendo estereotipos simplificadores.

Uno de los puntos más polémicos del libro de Lavalle es su interpretación de Manchuria (1933, p. 24-40). Sostiene en cuatro puntos históricos que: 1) Manchuria no fue China, sino

tierra de los manchúes; 2) que el nuevo gobierno chino tras la caída de la dinastía Qing no tenía legitimidad sobre la región; 3) que Manchuria estaba sumida en el caos, el bandolerismo y la anarquía, y dominada por señores de la guerra como el mariscal Zhang Zuolin; y 4) que la intervención japonesa no constituía una invasión colonial, sino un esfuerzo efectivo por restaurar el orden y proteger sus inversiones, intereses económicos y colonos nipones residentes. Bajo esta concepción, la reclamación china sobre Manchuria tras 1911 sería artificial, producto de intereses occidentales y del Kuomintang. Desde esta lectura, la ocupación japonesa de 1931 no sería una agresión colonial sino una intervención “legítima” en un territorio sin Estado, dominado por señores de la guerra y sin estructura administrativa sostenible. Con estos argumentos Lavalle concluye que las potencias occidentales se equivocan al condenar a Japón por una intervención en Manchuria “ilegítima”. Su relato está construido casi exclusivamente a partir de entrevistas con autoridades japonesas, militares y diplomáticos, lo que sesga profundamente su visión.

Esta posición de Muñiz Lavalle puede criticarse con fuerza argumentando cuatro elementos palpables: 1) el reportero omite considerar el deseo real de autodeterminación de los pueblos, es decir de los propios manchúes; 2) interpreta Manchuria solo desde la óptica japonesa; 3) minimiza el expansionismo nipón, que mostraba suficientes rasgos abiertamente imperialistas; y 4) justifica la intervención nipona con la retórica del “orden” (argumento idéntico al empleado por los colonialismos europeos). Podemos considerar su análisis como “ingenuo”, porque no reconoce el paralelismo entre la diplomacia agresiva estadounidense en el Caribe y América Central, y la estrategia japonesa en Manchuria y otros territorios asiáticos, como Corea y Formosa. En efecto, el Japón de los años 1930 encarnaba un militarismo agresivo y un régimen totalitario que Lavalle no supo ver. De hecho, el ataque

a Manchuria fue el inicio del proyecto imperial japonés, que culminaría en una guerra devastadora en Asia.

Su esquema interpretativo parte de un presupuesto antitético: el caos chino y, su riguroso anverso, el orden japonés. En *El Extremo Oriente en revolución* (1935), Muñiz Lavalle describe extensamente la anarquía china tras la caída del imperio en 1912: luchas entre caudillos, corrupción, pobreza extrema y debilitamiento del Kuomintang (1935, p. 169-179). Para él, este escenario demuestra que China era incapaz de gobernarse y que, en cambio, la presencia japonesa en Manchuria proporcionaba orden, progreso y modernización. Según Lavalle, China estaba demasiado sumida en la anarquía como para administrar Manchuria o resistir la influencia soviética a partir de 1917. China es visto como un país vasto y fragmentado, incapaz de gobernarse, con un gobierno central débil, dividido por luchas internas y con regiones prácticamente autónomas bajo control de señores de la guerra. Lavalle asevera: “China no es una nación”; y prosigue, “su espíritu fervorosamente nativista [...] ha formado a través de los siglos, no un Estado para radiar los efectos de un sentimiento de solidaridad política, sino una emoción racial” (1935, p. 181).

Se vislumbra ya el carácter problemático de este argumento: el concepto de “orden y progreso” (máximo lema del pensamiento positivista) como justificación colonial fue exactamente el discurso político-ideológico que utilizaron las potencias europeas para dominar África y Asia durante siglos. La tesis antiimperialista occidental de Lavalle, paradójicamente, termina siendo proimperialista nipona. En fin, buscando rechazar la visión occidental, Lavalle adopta de manera acrítica muchas de las explicaciones difundidas por el discurso oficial de Japón, e idealiza de modo romántico el país nipón, erigiendo el orden japonés a la altura de un mito.

En fin, el texto de Lavalle tiene muchas omisiones y reproduce en parte la narrativa japonesa sin cuestionarla. Su argumento histórico es selectivo: aunque Manchuria tuvo identidades políticas propias, también estuvo integrada a China durante siglos, y su población no pidió la intervención japonesa. Además, Lavalle minimiza la manipulación del Incidente de Mukden, utilizado por el Ejército de Kwantung como pretexto para ocupar el territorio. Ignora asimismo que Japón impondría un estado títere, Manchukuo, bajo el emperador Puyi, lo que evidencia un claro proyecto colonial y militarista.

En su visión, la China republicana no podía mantener su autoridad sin asegurar la estabilidad social. El Kuomintang, aunque modernizador, estaba corroído por la corrupción y carecía de recursos materiales. El Ejército Nacional estaba poco organizado, mal equipado y era muy vulnerable a influencias externas.

Para Lavalle, semejante panorama chino justifica que Japón haya asumido un rol activo en Manchuria (1933, pp. 131-148). Él interpreta la intervención japonesa como la única fuerza capaz de traer orden y modernización. Este argumento reproduce el discurso colonial clásico: justificar la intervención extranjera en nombre del “orden” y el “progreso”. Lavalle no evalúa otras posibles alternativas políticas ni la capacidad de China para desarrollarse sin intervención militar extranjera.

Un último error de juicio de Lavalle es no reconocer el militarismo japonés como la fuerza dominante en el Mikado. Para ser exactos, Lavalle observa y analiza la militarización de Japón (1935, p. 53-60) y su correlato de riesgos internos y externos, pero malinterpreta su sentido histórico, lo que le impide anticipar la ola de invasiones niponas en Asia-Pacífico (cuando había desestimado, además, el argumento de la “amenaza amarilla” como un elemento de propaganda imperialista occidental). En efecto, Lavalle observa que en

Japón coexistían dos fuerzas en disputa: a) una tradicionalista, militarista y nacionalista, y b) una moderna, liberal y ética. Cree que esta última acabaría imponiéndose, guiando al Japón hacia un papel pacífico y constructivo en Asia. Lavalle insiste en que el militarismo japonés es una “fachada” heredada del feudalismo, pero no la esencia del país. Aunque observa signos fehacientes de militarismo en el Mikado, Lavalle los considera meros residuos culturales, no como el fundamento de un proyecto expansionista. La historia inmediatamente posterior, con la invasión de China en 1937 y la subsiguiente guerra en Asia-Pacífico, demostró que el militarismo no era residual, sino el motor central del Mikado y su estado. No observa que el militarismo nipón ya estaba profundamente arraigado y que en los años posteriores este se consolidará. Lavalle ignoró en su análisis claras señales de fascismo y totalitarismo en Japón: censura, control militar del gobierno, expansionismo avasallador, culto al emperador, infiltración del ejército en la política y persecución de opositores.

3. Panasiatismo e imperialismo nipón

Aunque Lavalle en *El Extremo Oriente en revolución* (1935) imagina la extensión de la guerra en Asia, jamás anticipa que Japón invadirá a China en 1937 con violencia devastadora, que en diciembre de 1941 atacará Pearl Harbor y que tomará las múltiples colonias europeas en Asia, o que instaurará regímenes brutales de ocupación en Corea, Filipinas, Hong-Kong, Birmania o Malasia. Lavalle confió demasiado en la supuesta “moralidad” del Japón y no pudo prever su deriva totalitaria, que ya era claramente observable en los años 1930. Su análisis, aunque original, resulta miope: critica el imperialismo occidental y el imperialismo bajo designio soviético, pero niega el imperialismo japonés. Afirma con desacuerdo histórico: “Japón no invadirá Filipinas; los temores que diarios y políticos se encargan de avivar en el archipiélago son planes preconcebidos de los Estados Unidos para asustar la

mentalidad de los filipinos y hacer que vean las conveniencias de la dominación norteamericana" (1933, p. 199).

En realidad, Lavalle ve al Japón como líder natural de una alianza asiática, debido a su poderoso desarrollo industrial y su "superioridad moral". E imagina un proyecto alternativo a los imperialismos existentes: una **alianza económica asiática** liderada por Japón, que permitiría resistir la "voracidad" occidental. Según él, los países asiáticos solo prosperarían mediante una unión comercial regional. De forma evidente, este ideal estaba contaminado por la lectura japonesa del "panasiatismo", doctrina que justificó la dominación militar nipona bajo la promesa de una "Asia para los asiáticos", es decir, el triunfo de una doctrina del "monroísmo asiático" (1933, p. 187-203). Lavalle propone que tras el liderazgo nipón las naciones asiáticas deben unirse para resistir la explotación occidental, crear un mercado integrado, fortalecerse mutuamente y lograr un desarrollo autónomo. Interpreta el liderazgo japonés como un papel altruista, basado en la cooperación y el respeto entre naciones. Imagina una Asia unida no por la fuerza militar, sino por la solidaridad. Su visión idealista pasa por alto la instrumentalización de esa ideología por parte de Japón. El panasiatismo fue el discurso oficial del imperio japonés para legitimar su dominación sobre Corea, Formosa, Manchuria y luego el sudeste asiático. Lejos de representar una alianza igualitaria, la "Esfera de Co-prosperidad del Gran Asia Oriental" se convirtió en un proyecto colonial profundamente violento y devastador.

El Japón frente al mundo concluye afirmando que Japón enfrenta enormes problemas económicos y sociales ignorados por Occidente, y que las potencias occidentales esperan su fracaso para aprovecharse como "buitres" del imperio nipón. El reportero sostiene que la "fortaleza espiritual" japonesa permitirá superar la crisis y reconstruirse. Aunque Muñiz Lavalle tiene una admiración genuina por la cultura nipona, peca de

inocencia al no comprender el curso militarista que Japón ya había adoptado.

4. La amenaza del comunismo soviético

Un factor clave en la defensa que hace Lavalle de Japón es su interpretación geopolítica del comunismo (1933, p. 149-186). **En este campo tectónico asiático en permanente tensión, equilibrio y ruptura, Lavalle ve al Japón como barrera eficaz contra el comunismo.** En los capítulos dedicados al Japón, Lavalle sostiene que la presencia japonesa en Manchuria cumple una función geopolítica positiva: actuar como un dique de contención contra la expansión soviética. En su opinión, el comunismo es una doctrina que debe triunfar sólo si es elegida libremente, no exportada por la fuerza. De allí que considere la influencia soviética en China desde los años 1920, apoyando a movimientos obreros y estudiantiles, y tratando de influir en el Kuomintang y en el Partido Comunista chino, como una forma evidente de intervencionismo. Disfrazado de internacionalismo, Lavalle considera que la expansión soviética es otra forma de imperialismo moderno. Para él, la URSS actuaba con ambiciones territoriales y políticas en Asia Oriental, usando la propaganda y la subversión en lugar de la conquista directa.

En este escenario, Lavalle ve a Japón como un dique de contención que limita la expansión comunista en Asia-Pacífico, resultando una fuerza estabilizadora, un actor que puede contener a la URSS sin caer en los excesos coloniales europeos, que tras una fachada civilizadora practican una extracción de recursos naturales desenfrenada.

Aunque reconoce simpatía personal por algunos ideales socialistas, afirma que su prioridad es defender la democracia liberal y que, ante un enfrentamiento global entre fascismo y comunismo, elegiría este último. Sin embargo, Muñiz Lavalle no

percibe que el Japón de los años 1930 desarrolla un modelo político cada vez más cercano al fascismo europeo, de raíz totalitaria. Lavalle está convencido de que Japón no invadirá las Filipinas (ver supra), ni las concesiones occidentales en China, ni los territorios coloniales europeos, algo que la historia desmentiría con contundencia al estallar la guerra del Pacífico en diciembre 1941.

5. En el vientre de la ballena

El vientre de la ballena es doble para Muñiz Lavalle: es su ingreso en la cancillería argentina (1934-1943), y asimismo su asignación a Hong-Kong y Japón (1939-1943). Estrena cargo diplomático en 1934 como cónsul en Madrid, durante la Segunda República española; en 1935 es afectado a Glasgow, y tras un breve paso por Buenos Aires en enero de 1939¹, el 19 de febrero es nombrado en Hong-Kong como agregado comercial, puesto que ocupa a partir del 1º de mayo de 1939. El 23 de noviembre del mismo año lo ascienden como Canciller de primera clase². El 25 de noviembre de 1941 el consulado de Hong-Kong es clausurado y Lavalle es destinado al consulado de Dairen, Japón.

En los tres años transcurridos en Hong-Kong, hasta el 29 de marzo de 1942, la vida de Lavalle toma un giro trágico, circunstancias que cambiarán por completo su vida y su visión del Japón. Los japoneses lanzan la invasión de Hong-Kong el 8 de diciembre de 1941. Se trató de una ofensiva simultánea y combinada por el control de las Filipinas, Indochina, Hong-Kong, Malasia, Singapur y la colonia holandesa de Batavia. La

¹ Esta será la última vez que Muñiz Lavalle visite su país (Muñiz Lavalle, 1944: 74).

² Esta información proviene de la “Foja de Servicios” de R. Muñiz Lavalle, recabada en los archivos de la Cancillería Argentina (Gasquet, 2015, p. 325).

cruenta batalla por Hong-Kong dura hasta el 24 de diciembre, cuando las fuerzas británicas se rinden.

Lavalle había llegado a Hong-Kong con su esposa (Amelia Mahou y García) e hijos (Arthur Jack Cimarrón, de tres años, apodado “Jacky” y nacido en Glasgow, y Gwendolyn Pasionaria, de cinco, apodada “Wendy”). Cuando los nipones invaden la colonia, Muñiz Lavalle estaba convaleciente de apendicitis. Las hostilidades son el inicio de un largo calvario familiar: su plácket de diplomático de un país neutral no es respetado; debido a las condiciones sanitarias, su hija Wendy cae enferma de disentería y los ocupantes le niegan cualquier transporte y ayuda médica en los hospitales, por lo que la niña muere el 12 de febrero de 1942; su esposa es detenida y amenazada de muerte durante horas; su residencia atacada; su familia queda virtualmente atrapada sin poder abandonar la colonia. La Cancillería argentina, que acababa de clausurar el Consulado, le asigna un puesto en la legación del Japón, pero no puede dirigirse al nuevo destino por las restricciones marítimas impuestas por el conflicto. Lavalle logra embarcar finalmente rumbo a Formosa (Taiwán), ocupada por Japón desde el año 1895, donde la miseria y el bloqueo experimentado en Hong-Kong se repite. Por fin, logra desembarcar en el puerto de Nagasaki en marzo de 1942.

El 10 de septiembre de 1943, en una extensa carta privada al Dr. Roberto Gache, ministro de Relaciones exteriores argentino, el Sr. Erasto Villa, secretario de segunda clase que había permanecido en Tokio, detalla las peripecias trágicas vividas por Lavalle tanto en Hong-Kong como en Japón. Cito algunos pasajes de esta misiva confidencial:

Quiero referirme, además, al caso del Muñiz Lavalle. Ignoro el tenor de sus declaraciones en Estados Unidos, pero me las imagino. Sólo sé que causaron aquí [en Tokio] mal efecto.

Sin embargo, hay algunos detalles del trato recibido que considero conveniente sean conocidos allí y que, si bien su comportamiento no tenga quizá justificación, hacen que por lo menos tenga una explicación. Como usted sabe su hija falleció de disentería, pero la causa principal, según él, fue la mala voluntad y la poca ayuda prestada por los japoneses en Hong-Kong. Durante la enfermedad Muñiz Lavalle solicitó permiso para trasladar a su hija a un hospital en el único medio de transporte existente en esos momentos, un camión del ejército. Esa autorización fue negada argumentando posibilidad de contaminación del camión. Luego Muñiz Lavalle pudo comprobar que ese mismo vehículo era usado por los militares para transportar cadáveres y enfermos afectados precisamente de disentería. De manera que el hombre tuvo que caminar varias millas con su hija ya grave, para llegar a un hospital chino de quinta categoría donde no había médicos, ni medicinas, ni electricidad, ni agua corriente. Los hospitales extranjeros en Hong-Kong y los que puedan llamarse así fueron desalojados por las fuerzas japonesas, hubiera enfermos graves o no, para curar a sus soldados heridos. Cada vez que la señora salía en busca de medicinas o algo indispensable para atender a su hija, era abofeteada por los soldados y en una oportunidad fue obligada a sentarse al estilo japonés en plena calle, durante varias horas frente a la bayoneta de un japonés, mientras su hija se encontraba agonizando. En otra ocasión estuvieron cuatro días sin comer. No les faltó tampoco los actos de pillaje tanto de los chinos como de los soldados japoneses, de los que fueron víctimas más de una vez.

¿Cree usted acaso que un padre, un marido y un hombre que tenga un poco de sangre en las venas olvida fácilmente estos vejámenes? (Villa, 1943, p. 2)

Detalla luego el secretario Erasto Villa la llegada de Muñiz Lavalle al Japón.

La verdad es que Muñiz Lavalle a su llegada al puerto de Nagasaki, fue tratado por las autoridades aduaneras con la misma especial deferencia que se trata a un forajido. A pesar de sus protestas, su pasaporte diplomático, las promesas hechas por la Cancillería y la neutralidad argentina, su equipaje y el archivo del Consulado en Hong-Kong fueron revisados y prácticamente saqueados. Se le sometió a un interrogatorio sólo concebible en caso de delincuentes. El viaje de Nagasaki hasta Tokio (21 horas en tren) debió realizarlo de pie en vagón de tercera clase. Tres días después de su llegada, comiendo en el hotel donde se alojaba, sufrió un envenenamiento que lo tuvo en el hospital durante quince días. Muñiz Lavalle afirma que se trata de un atentado de esta gente para evitar comentarios sobre las atrocidades de Hong-Kong. Sus sospechas pueden tener algún fundamento desde que tanto su mujer como su hijo comieron exactamente lo mismo.

Más tarde, el hombre consiguió una casa que, pocos días después de ser ocupada fue inspeccionada íntegramente por la Gendarmería (el equivalente de la Gestapo). Muñiz Lavalle dirigió una violenta carta a la Jefatura, con la furia que sólo él sabe hacerlo. [...] Pero un detective siguió apostado en las cercanías de su casa y fue visible compañero “invisible” de Muñiz Lavalle por el tiempo que duró su permanencia en el Japón. [...] En este país con delirio de persecuciones la policía se entromete en todo y quiere saberlo todo. (Villa, 1943, p. 3 y 7)

Las viejas amistades japonesas hechas por Muñiz Lavalle en el año 1932, durante su primera estancia en el país, fueron arrestadas por la policía nipona y sometidas a un “hábil interrogatorio”. El resto de la estancia de la familia Muñiz Lavalle en el Japón en aquel año 1942 fue una larga penuria vigilada por las autoridades locales, en donde el cónsul buscó por todos los medios oficiales abandonar el país. Las condiciones de vida eran durísimas para todo el mundillo diplomático (perteneciente a países neutrales, como el cónsul

del Perú y también el personal chileno; estos últimos habían quedado atrapados tras la ruptura de relaciones del país trasandino con el Eje), debiendo soportar las mismas restricciones que la población nipona (escasez de alimentos y racionamiento, falta de combustible durante el invierno, electricidad y transporte), en momentos en que la ofensiva norteamericana se acentuaba con bombardeos diarios sobre la capital y los grandes centros industriales y portuarios. La posibilidad de abandonar el archipiélago por vía marítima era inexistente.

En 1942, las múltiples tratativas para evacuar al personal civil fracasan. Estas desesperadas gestiones están documentadas en múltiples expedientes de la Cancillería Argentina. Muñiz Lavalle decide dejar Japón mediante la ruta más riesgosa, atravesando desde Corea todo el continente asiático por vía terrestre. La embajada argentina en Tokio negocia un salvoconducto para que la familia Lavalle abandone el país el 9 de enero de 1943. En pleno invierno, inician así una travesía homérica de tres meses: Corea, Manchuria, Siberia, Turquestán, atravesando el Cáucaso hasta Turquía y el Medio Oriente para llegar a Egipto, evitando los frentes de guerras más álgidos. Desde el Cairo parten finalmente rumbo a América, haciendo escala en Lisboa, Natal (Brasil) y La Habana, antes de llegar a Miami a fines de marzo de 1943.

Anticipando su llegada a los Estados Unidos y la inevitable ruptura con el gobierno argentino, Muñiz Lavalle dimite de su cargo diplomático enviando un cable telegráfico desde Natal. Rechaza su nominación al consulado de Miami y queda desvinculado de cancillería —y políticamente libre para poder denunciar los crímenes de guerra nipones en Asia-Pacífico—, rompiendo con la “neutralidad” oficial que hasta entonces le imponía su condición diplomática.

Su renuncia tuvo consecuencias: desató un altercado diplomático bastante publicitado en la época. El Dr. Espil, embajador argentino en Washington, trata de impedir que Lavalle haga declaraciones públicas de lo visto en Asia. Lavalle se dirige a Nueva York sin pasar por Washington para evitar tener que rendir cuentas ante la embajada argentina. Convoca una conferencia de prensa y denuncia las exacciones niponas en Asia. Afirma, además, que la embajada japonesa en Buenos Aires era una base importante del espionaje nipón, filtrando información estratégica sobre la industria de guerra norteamericana. La agencia United Press cablea al mundo sus denuncias, pronto reproducidas con amplia cobertura por medios argentinos (*La Razón*), sudamericanos, estadounidenses (*Time Magazine*, *Philadelphia Inquirer*, etc.) y australianos (*The Camberra Times*, etc.). La legación nipona en la Argentina eleva una furibunda protesta ante el canciller Enrique Ruiz Guiñazú. Este responde, con tono embarazoso, que como el ex cónsul ha dimitido y está en territorio de Estados Unidos, el gobierno argentino no puede hacer nada para acallarlo. Sabiendo que los diplomáticos argentinos en Japón corrían serias amenazas físicas, el ministro trata de restarle importancia al asunto, consciente que, como represalia, los diplomáticos podían ser tomados como rehenes.

En realidad, con sus declaraciones, Lavalle dio cuenta de la extrema fragilidad política del régimen nipón en el plano interno, afirmando que los japoneses no sólo estaban desmoralizados por los continuos bombardeos estadounidenses, sino que temían una nueva ofensiva soviética en Corea desde Siberia, eventualidad que de producirse no podrían afrontar militarmente.

En marzo de 1944, Lavalle publica el artículo “God is Argentinian” en la revista *The Atlantic* contra la política exterior del gobierno argentino, criticándole la falta de coraje para romper con el Eje y prestar ayuda a los Aliados. El ensayo revela

al lector estadounidense el arquetipo ideológico argentino. Citamos un pasaje clave:

Después del drama de España, sólo los ciegos o los tontos no vieron que la democracia estaba en peligro. [...] Las ideas argentinas son más o menos las siguientes: los gobiernos latinoamericanos son fascistas por naturaleza. Los dirigentes aludidos están en el poder como consecuencia de elecciones fraudulentas o de revoluciones ajenas a la voluntad popular. [...] América Latina teme mucho más a una democracia progresiva que al fascismo. Sería ingenuo apoyar, por nuestra parte, una franca denuncia del fascismo porque esto significaría dar alas a nuestras masas y cavar nuestras propias sepulturas. Cualquier reconocimiento de una democracia progresiva podría originar un desalojo del poder. No mantenemos ninguna relación con el nazismo, porque nuestra sagrada religión está en contra de él. Tampoco simpatizamos con el fascismo —la manera de comportarse de Mussolini es extraña a nuestra interpretación del fascismo local. El único “ismo” que aceptamos, además del catolicismo, es el “paternalismo”. (Muñiz Lavalle, 1944, p. 73)

Tras nueve años en el servicio diplomático, dicho artículo³ fue interpretado por el gobierno argentino como un acto de traición explícito. Lavalle termina con un ataque directo al régimen conservador argentino:

El país ha estado viviendo, desde 1930, en medio de una increíble corrupción cívica que ha sido ahora intensificada por los generales. [...] El país está padeciendo una revolución ultranacionalista, reaccionaria hasta lo más íntimo del corazón. [...] El destino de la democracia en América está en juego. El veneno que está agonizando en

³ *Time Magazine* (“Poison in Buenos Aires”, Monday, March 20, 1944) se hace inmediatamente eco de este artículo en *The Atlantic*.

Europa trabaja activamente en la América Latina. (Muñiz Lavalle, 1944, p. 75)

En Estados Unidos, Lavalle se puso al servicio de la *Office of War Information* (OWI), agencia de inteligencia y contraespionaje, entre junio de 1942 y septiembre de 1945 (Winkler, 1978). Tras su renuncia al servicio diplomático, poco después también renuncia a la nacionalidad argentina y solicita la norteamericana, que se le concede. Nunca más regresa a su país.

Lavalle tiene nuevo protagonismo tras la capitulación del Japón en septiembre 1945. El General Douglas MacArthur instaura un tribunal para juzgar los crímenes de guerra cometidos por los japoneses. El *Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente* (TPMILO), más conocido como los “Juicios de Tokio” (1946-1948). Sus testimonios formaron parte del conjunto de alegaciones instruidas por los fiscales del TPMILO contra los crímenes de guerra nipones (en su caso, los crímenes cometidos en Hong-Kong). En efecto, el 11 de marzo de 1943 Lavalle realizó una deposición oficial frente al Cónsul de Gran Bretaña en Turquía, Mr. Leonard Fleury Flurst, narrando la invasión a Hong-Kong y la matanza de civiles por los japoneses (Cambon, 1990, p. 136). Este constituye el relato más detallado de las exacciones niponas en la colonia británica.

6. Conclusión

La tragedia personal (familiar) e histórica (las múltiples invasiones japonesas en Asia) son concomitantes en tiempo y espacio: ambas tragedias conducen a Lavalle a un drástico cambio de posición respecto a la política del Mikado en Asia-Pacífico. En el plazo que dista de su primera experiencia en Asia como reportero (1931-1933) a su segunda estancia como diplomático (1939-1943), el joven otrora comprensivo del

expansionismo vital nipón en Asia, se vuelve acérreo enemigo del régimen totalitario japonés, que representa la mayor amenaza a la democracia en la región de Asia-Pacífico. Pero este vuelco radical de su visión tiene un desequilibrio imposible de colmar: en la primera etapa de su experiencia asiática Lavalle escribe numerosos textos y publica sus tres libros mayores sobre Asia; en la segunda etapa, en cambio, su obligación de reserva diplomática le impide publicar sus ideas, hasta que renuncia a su cargo en la cancillería argentina, publicando escasos textos de su ruptura. Una vez concluida la guerra, para Lavalle ya no tiene sentido seguir indagando la realidad asiática y se llama a silencio.

Su obra refleja la curiosidad genuina de Lavalle por comprender un mundo desconocido en un momento clave de su historia contemporánea. Su capacidad para observar los detalles sin perder la perspectiva general lo convierte en un analista particularmente sagaz, aunque yerra su juicio inicial sobre el Japón. Su mirada es un esfuerzo por construir una interpretación independiente y sudamericana de Asia, pero también muestra cómo la fascinación inicial por Japón pudo nublar el juicio hasta que la historia misma (en conjunción con su tragedia familiar) se encargaron de rectificar sus ideas juveniles. Sus análisis convellan la perspicaz comprensión de fenómenos puntuales, como comprender la idiosincrasia ambivalente de los nacionalistas filipinos (Muñiz Lavalle, 1936).

Su compromiso personal con causas progresistas, aunque no exento de contradicciones notables, constituye el denominador común de sus análisis durante estos largos años de turbulencia. Lavalle se siente cercano al anticolonialismo, a la justicia social, a la libertad individual y a la emancipación de los pueblos. Fue un defensor de derechos y libertades, pero también crítico de los abusos del poder, ya vengan del colonialismo occidental, del comunismo soviético o de los regímenes totalitarios del Eje.

La postura política de Lavalle resulta difícil de encasillar en el contexto de los años de entreguerras, en una época marcada por polarizaciones rígidas. En un mundo dividido entre conservadores del orden, defensores de la democracia burguesa y movimientos revolucionarios autoritarios —desde el comunismo estalinista hasta el fascismo y el nazismo—, Lavalle aparece como un espíritu independiente. Para los Estados Unidos, aunque liberal, era demasiado radical y socialista; para la Europa dominada por totalitarismos sedientos de adhesiones incondicionales, era un outsider peligroso; para los países asiáticos, un ignoto visitante pasajero; para la Argentina que sirvió como diplomático, un personaje políticamente inasimilable, un pensador libre en un ambiente dominado por la ideología conservadora, nacionalista, antidemocrática y tentada por el fascismo.

Terminada la contienda mundial, su voz queda en gran medida silenciada en todos los numerosos espacios por los que circuló, comenzando por su propio país. Y cuando en 1943 decide exiliarse en los Estados Unidos, rompiendo con la diplomacia “neutral” argentina, pese a la lucidez y justez de su posición, su altura intelectual se desvance tras la imagen de un traidor (aquel que rompió el pacto de silencio entorno a la pretendida neutralidad argentina). Como Jonás una vez salido del vientre de la ballena, Lavalle ya no puede “servir” a la verdad. Salvaguardó su vida y su integridad moral, pero pagó un precio elevado por ello. Definitivamente, los caminos del mundo trocaron para siempre su entusiasmo en la humanidad por una mirada escéptica sobre la condición humana. Habiendo sido testigo activo de los eventos críticos de un mundo convulso, tras la guerra su memoria se pierde y su vida concluye en el anonimato.

Bibliografía

- CAMBON, Kenneth, "Appendix 1", *Guest of Hiroito*, Vancouver, B.C.: PW Press, 1990.
- GASQUET, Axel, "Fuego y revolución en Extremo Oriente: Ramón Muliz Lavalle en China, Japón, Manchuria y Filipinas", *El llamado de Oriente, Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*, Buenos Aires, Eudeba, col. Ensayos, 2015, pp. 319-371.
- MUÑIZ LAVALLE, Ramón, *Japón ante el mundo*, Manila: s/n, 1933.
- MUÑIZ LAVALLE, Ramón, *El Extremo Oriente en revolución, reportajes sobre los problemas económicos, políticos y sociales del Japón, China, Manchukuo, Filipinas y Malaya*, Madrid: Bolaños y Aguilar, 1935.
- MUÑIZ LAVALLE, Ramón, *Filipinas y la guerra del Pacífico, reportajes sobre la independencia filipina y el imperialismo asiático de los Estados Unidos*, Madrid: Bolaños y Aguilar, 1936.
- MUÑIZ LAVALLE, Ramón, "God is Argentinian", *The Atlantic*, Boston, March 1944, pp. 70-75.
- ONAHÁ, Cecilia, 125 años de historia de las relaciones diplomáticas, afianzadas por relaciones personales, Documentos de Trabajo, UNLP, 2024, vol. 117, p. 1-18.
- "Poison in Buenos Aires", *Time Magazine*, Monday, March 20, 1944.
- VILLA, Erasto, "Carta privada del Sr. Erasto Villa", Embajada Argentina en Tokio, Archivos de la Cancillería Argentina, 10 de septiembre de 1943, pp. 2-7. Nº caja: AH/0079 (1942-1944). Serie: 44-Segunda Guerra Mundial/ S. Topográfica: C.26-A.
- WINKLER, Allan M., *The Politics of Propaganda: The Office of War Information, 1942-1945*, New Haven, CT: Yale University Press, 1978.

Axel Gasquet es Doctor en Estudios Hispánicos por la Universidad de París-Nanterre (2000). Se desempeña como Catedrático de Literatura y Civilización Hispanoamericanas en la Universidad Clermont Auvernia desde 2011. Es Investigador principal del Institut d'Histoire des Représentations et des Idées dans les Modernités, Centre National de la Recherche Scientifique, Francia. Ha publicado numerosos volúmenes, entre ellos: *La cultura extraterritorial argentina: Alberdi, Mansilla, Hudson, Quesada, Obligado* (2025, en prensa); Hispanoamérica, Filipinas y las culturas de Asia. Estampas de un orientalismo periférico (1875-1950) (2023); *El llamado de Oriente. Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)* (2015); *El cielo protector, la literatura de viajes* (2015); Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt (2007).